

GUÍA PARA FACILITADORES

Peregrinación a Busan

Un viaje ecuménico hacia el cristianismo mundial



**Dios de vida,
condúcenos a
la justicia y la paz**

**Consejo Mundial de Iglesias
10ª Asamblea**

30 de octubre al 8 de noviembre 2013
Busan, República de Corea

3 INTRODUCCIÓN

7 ETAPA 1 **Unidad cristiana**

9 ETAPA 2 **Llamados a dar testimonio**

11 ETAPA 3 **Vivir con creyentes de otras religiones**

14 ETAPA 4 **Trabajar por la justicia de Dios**

17 ETAPA 5 **Orar por la paz de Dios**

20 ETAPA 6 **Espiritualidad transformadora para el discipulado**

PEREGRINACIÓN A BUSAN

Un viaje ecuménico al encuentro del cristianismo mundial

Copyright © 2012 Publicaciones del CMI. Todos los derechos reservados. Excepto para citas breves en reseñas o artículos, ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio sin el permiso escrito del editor. Escribase a: publications@wcc-coe.org.

Publicaciones del CMI es el programa del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) que se ocupa de la publicación de libros. Fundado en 1948, el CMI promueve la unidad cristiana en la fe, el testimonio y el servicio en pro de un mundo justo y pacífico. Es una comunidad mundial de iglesias que reúne hoy 349 iglesias protestantes, ortodoxas, anglicanas y otras que representan a más de 560 millones de cristianos en 110 países, y trabaja en cooperación con la Iglesia Católica Romana.

Las opiniones expresadas en Publicaciones del CMI son las de los propios autores.

Las citas bíblicas son de Reina Valera Contemporánea, © copyright 2009, 2011 de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Diseño y composición: Julie Kauffman
ISBN: 978-2-8254-1586-3

Consejo Mundial de Iglesias
150 route de Ferney
Apartado postal 2100
1211 Ginebra 2, Suiza
www.oikoumene.org

INTRODUCCIÓN

Jesús ordenó a sus discípulos que fueran sus “testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch 1:8). Hoy las buenas nuevas de Jesucristo han llegado a todos los continentes y todas las islas, y los creyentes de cada lugar participan en los ministerios de proclamar la verdad, crear comunidades, servir a los demás, dialogar con el prójimo y comprometerse con el establecimiento de una paz justa en todo el mundo.

El propósito de esta guía es invitar a los miembros de las congregaciones a descubrir a nivel local un sentido más profundo y más amplio de lo que representa ser parte de la iglesia mundial: el cuerpo de Cristo, interconectado en todas partes del mundo, en diversos contextos. El Nuevo Testamento habla del reino de Dios sobre el *oikoumene*, una palabra griega que significa “toda la tierra habitada”. Este término es la raíz de las palabras “ecumenismo” y “ecuménico”, que hacen referencia a la búsqueda de la unidad entre todos los cristianos y sus iglesias.

En los tiempos modernos, por “visión ecuménica” se entiende restaurar la unidad mediante el diálogo y una cooperación más estrecha. Al emprender el camino hacia la comprensión descrito en las páginas siguientes, los grupos comparten experiencias comunitarias del movimiento ecuménico, en cuanto movimiento mundial de renovación que reformula el discipulado cristiano para satisfacer las necesidades actuales más acuciantes, y participan en él.

Uno de los instrumentos del movimiento ecuménico de nuestra época es el Consejo Mundial de Iglesias (CMI), fundado en 1948. La presente publicación se ha elaborado con motivo de su X Asamblea, que se celebrará del 30 de octubre al 8 de noviembre de 2013 en Busan, Corea. (Para ver un vídeo que da una visión general de las Asambleas del CMI, consulte la página: <http://www.oikoumene.org/en/resources/videos/wcc-general/an-over-view-of-the-9-assemblies-of-the-wcc.html>). En vez de centrarse en los procesos y programas del CMI, esta guía de estudio tiene por objeto alentar a las congregaciones locales a apreciar mejor algunos de los impulsos espirituales y de los aspectos en los que actualmente el movimiento ecuménico hace hincapié, y acompañar de esta manera a las iglesias en su camino hacia Busan.

En todo ello, un elemento central son las dinámicas transformadoras —coherentes con una fe transformadora fortalecida por la obra del Espíritu Santo— en nuestras vidas, en nuestras iglesias y en todo el resto del

mundo y de la creación. Lo que el ecumenismo conlleva aquí es esta permanente transformación multifacética: un cambio que altera nuestra forma de entender la fe cristiana, de entendernos a nosotros mismos y de entender nuestros contextos, nuestra manera de relacionarnos con los demás y nuestra concepción de lo que significa vivir esta transformación en este mundo.

Este cambio ocurre a través de la acción continua del Espíritu Santo. Pero nos damos cuenta de ello en la comunidad y no precisamente con aquellos que son como nosotros, sino a través de quienes parecen más diferentes de nosotros.

Todos los que estaban presentes en el primer Pentecostés “estaban atónitos y perplejos, y se decían unos a otros: «¿Y esto qué significa?»” (Hch 2:12).

El milagro es que la iglesia, en toda su diversidad, es una. Es evangélica en su pasión por el Evangelio, ecuménica en su alcance y predicación, misionera por el bien de todo el mundo, viviendo y trabajando junto a personas de muchas religiones diferentes, buscando justicia, paz y abundancia de vida para toda la creación, y se sustenta en el discipulado mediante una espiritualidad que es transformadora personal y socialmente. Estos diversos aspectos de lo que la iglesia está llamada a ser, tal como se examina en esta guía, no están separados unos de otros, sino que se solapan.

Lo que vislumbramos es una dinámica, un sentido renovado de lo que significa ser iglesia y compartir la misión de Dios en este mundo. Esto ocurre en el mundo y no fuera de él, en el espacio ecuménico que compartimos con personas cuyas experiencias de vida y comprensión de la iglesia pueden ser muy diferentes de las nuestras, en el espacio interreligioso que compartimos con personas pertenecientes a religiones muy distintas de la nuestra, en el espacio mundano que puede que no sea explícitamente religioso. Aquí, afrontamos retos que van en contra del designio de Dios de vida, justicia y paz para todos, y que nos incitan a abordarlos de una manera coherente con nuestra vocación de discípulos del Dios de amor que conocemos en Jesucristo.

Los teólogos, a lo largo del tiempo, han reconocido en la Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo un modelo para el descubrimiento de la unidad a pesar de la diversidad. Las tres personas de la divinidad son en verdad una sola. No obstante, cada una de ellas es diferente y única. Las tres están unidas por el eterno vínculo del amor.

La comunidad trina de Dios está compuesta de “personas” interconectadas, que establecen relaciones

en la comunidad. Basada en el Dios Trino, la iglesia está llamada a ser completamente relacional. Nos percatamos de que no somos iglesias autosuficientes, sino que estamos interrelacionadas. En vez de jactarnos de nuestra fuerza o nuestros conocimientos técnicos, reconocemos nuestra propia vulnerabilidad. En vez de apresurarnos a decir o mostrar a los demás cómo ser cristianos, nos volvemos más abiertos a escuchar y aprender de los otros.

A través del poder del Espíritu, y al vernos y relacionarnos con personas muy distintas a nosotros, nos transformamos. Cristo elige a nuestro prójimo para nosotros — incluidos a aquellos que son muy diferentes de nosotros socialmente, étnicamente, por el lugar y la forma en que viven— y nos pone en contacto con ellos en una comunión que trasciende el tiempo y el espacio, así como cualquier otra barrera.

Las “etapas” de la peregrinación a Busan

Las seis unidades de esta guía —o “paradas” en las etapas a lo largo de nuestro camino— han sido concebidas como puntos de entrada específicos para cada uno de los temas de reflexión y debate. Empezamos la peregrinación ecuménica desde “abajo”. Si el ecumenismo solo se contempla desde “arriba” (o de arriba abajo), es posible que no logremos ver las formas activas a través de las cuales el Espíritu nos transforma siempre en un pueblo misionero que ora y busca la justicia, liberándonos para ser discípulos del Dios de vida que conocemos en Jesucristo a través del poder del Espíritu Santo. Este Dios nos incita a acercarnos a quienes son diferentes de nosotros, nos alienta a que crucemos las fronteras, tal como lo hizo continuamente Jesús de Nazaret.

Las seis etapas (unidades) constituyen segmentos a lo largo de un camino continuo, que puestos juntos confieren un sentido de cuerpo interactivo de Cristo en el mundo, en marcha hacia Busan. No se trata de unidades separadas, sino de espacios de solidaridad para centrarse en lo que significa vivir la oración del tema de la Asamblea: “Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz”.

Al seguir este camino, lo que aflora es un sentido más profundo de las interrelaciones existentes, de cómo es la iglesia ecuménica, no por lo que es (en un sentido estático), sino por lo que sigue haciendo fielmente: dar testimonio de la realidad, revelar la verdad que conoce (el Evangelio), interactuar y salir siempre al encuentro de nuevas personas y desafíos no con miedo, sino con esperanza. Esta es la iglesia ecuménica. Este asombroso Dios de vida —que en Jesucristo revela lo que es la vida verdadera: “yo soy el pan de vida” (Jn: 6:35), “la resurrección y la vida” (11:25), “el camino, y la verdad, y la

vida” (14:6) — nos colma, nos renueva, nos da energía y nos transforma. Estamos llamados a caminar hacia la justicia y la paz, que son las características determinantes del nuevo orden de Dios que hace irrupción en nuestro mundo actual.

En cada etapa se entrelazan como mínimo tres dimensiones:

Recordar: nuestras prácticas y perspectivas teológicas, espirituales y bíblicas nos sustentan como cristianos. El hecho de recordar las fuentes de nuestra fe nos abre a nuevos horizontes con respecto a lo que significa ser cristianos evangélicos, ecuménicos y misioneros que persiguen con audacia la justicia y la paz en el mundo, siendo fieles en los distintos contextos en los que vivimos, oramos y servimos en la actualidad. Recordamos de qué manera las Escrituras dan testimonio no solo del Dios de vida creador, redentor y sustentador, sino también de este Dios de vida que actúa dinámicamente entre nosotros y en todo el mundo hoy.

Ver: gracias al hecho de recordar, podemos ver lo que quizás de otro modo no advertiríamos, podemos purificar nuestra mirada y ver lo que nos separa de Dios y de los demás, no dejarnos obnubilar por los espejismos o discursos oficiales de nuestra sociedad, ver lo que ocurre en otros lugares, y denunciar lo que sucede y es contrario al Dios de vida. Habiendo sido bautizados en una nueva realidad (o reino de Dios), empezamos a ver, hablar y reflexionar sobre la urgencia de lo que ocurre en otros contextos del mundo.

El Espíritu de Dios, activo en nuestro interior y entre nosotros, nos incita a preguntarnos: ¿Qué impide o compromete el testimonio y la misión de la iglesia? ¿Dónde prevalecen la injusticia, el abuso, la violencia y la desesperanza, y por qué? ¿Cómo se interrelacionan estos aspectos? ¿Cómo son transformados por el Dios de vida que permanentemente está creando, redimiendo y transformando todo lo que existe, incluso a través de nuestras relaciones con los creyentes de otras religiones y con la propia creación? ¿Cómo puede esto fortalecer nuestra solidaridad por el bien del mundo?

Establecer relaciones: esta práctica específicamente ecuménica es a la vez un don de Dios y nuestra constante tarea. A través del bautismo, Dios nos incorpora a la iglesia, poniéndonos en contacto con otras personas de todas partes del mundo, que en Cristo se convierten en nuestros hermanos y hermanas, un pueblo santo y diverso. En este cuerpo viviente y a través de él, por la fuerza del Espíritu, somos transformados. Y también se transforma nuestra forma de ver nuestras realidades

y las posibilidades de actuar en solidaridad. Lo que parecía bloqueado, estático, sin esperanza, se desbloquea, redimido, transformado para siempre. De tener una sensación de impotencia pasamos a cuestionar las realidades con las que nos topamos, a darnos cuenta de que estamos empoderados para actuar con los demás y en su nombre. Nos sentimos inspirados para orar y buscar la justicia, la paz y la prosperidad de toda la creación. Esto está en el corazón del Dios de vida del que damos testimonio. Orando, sirviendo, abogando y estando por completo unos junto a otros, vivimos más plenamente lo que significa ser iglesia en el mundo.

El “establecimiento de relaciones” se convierte en una metáfora de lo que es el ecumenismo y de lo que implica la peregrinación ecuménica a Busan. Nos damos cuenta de que como comunidad religiosa local —a través del vigor del cuerpo de Cristo, la iglesia— estamos conectados con nuestros hermanos creyentes de toda la iglesia mundial. “Sus” problemas se vuelven “nuestros” problemas, los sobrellevamos los dos y ambos damos testimonio de cómo nos afectan. Esta solidaridad mutua es lo que nos permite ver y actuar de una manera diferente, en el marco de nuevos horizontes de fe. Entendemos mejor lo que significa ser la Iglesia una, santa, católica y apostólica —la Iglesia entera a lo largo del tiempo y del espacio— a través de la cual sigue teniendo lugar la transformación de Dios, en nuestros múltiples contextos. No podemos sino acompañarnos mutuamente con nuestras oraciones, liturgias, servicios y acciones de sensibilización, promoción y defensa.

De este modo, la iglesia se convierte en un “lugar” para recordar, ver y establecer relaciones, unir lo que está fragmentado, señalar lo que es verdadero, permitirnos ver y actuar acompañándonos unos a otros. Ello requiere un esfuerzo a largo plazo que implica fomentar y organizar comunidades de resistencia contra las expectativas dominantes y las injusticias que conllevan, tal como la iglesia del Nuevo Testamento se enfrentó los imperios de su época. De un modo similar, la iglesia contemporánea está llamada a mostrarse intencionalmente cooperativa por encima de las barreras geográficas, políticas y religiosas erigidas en interés propio, a ser contracultural y transcontextual.

Utilización de esta guía

Esta guía puede utilizarse en un grupo de estudio existente o en un foro de adultos y/o jóvenes. También puede usted reunir a un grupo diverso de su congregación para una serie de debates especiales centrados en el cristianismo mundial, o utilizarlo con miembros de iglesias de diversas afiliaciones de su comunidad. Considere,

asimismo, comunicarse a través de blogs con personas de otras partes del mundo que también se interesan por la dimensión mundial de la fe. Busque a personas de otras culturas u origen étnico para que participen y enriquezcan los debates.

Asimismo, es posible organizar una serie de sesiones semanales o mensuales, o un retiro de todo un día. Se trata de un viaje espiritual, una peregrinación, que se sustenta, articula e inspira en la oración y la canción. Las oraciones y la música pueden constituir un medio para fortalecer la capacidad de resistencia al decir la verdad sobre lo que está mal o es injusto, así como para transmitir la verdad de la voluntad de Dios de que todos tengamos vida en abundancia.

Puede completar esta guía con oraciones, himnos y música provenientes de recursos de su congregación. “Hemos sido bautizados en una vida de solidaridad que nos interconecta con los demás, y somos alimentados por la Comida que nos sustenta para el camino hacia la justicia y la paz de Dios” (Deborah Ludolph).

Las guías de los participantes empiezan con una descripción de los problemas a los que se enfrentan los cristianos en un lugar en concreto del mundo. Ello puede animar a los miembros del grupo a querer saber más e investigar en Internet o en las bibliotecas.

En cada etapa hay una página en la que se proponen temas a examinar, junto con algunas breves perspectivas, con objeto de fomentar la reflexión y el debate acerca de cómo estos temas están relacionados con la situación local de los participantes. Este constituye el elemento central de cada etapa y, a su vez, puede vincularse con cómo se entienden o viven estas cuestiones en otro lugar. Gracias al poder del Espíritu Santo, esta interacción puede resultar transformadora, abriéndonos a recordar, ver y establecer relaciones de nuevas maneras. Asegúrese de que todos los participantes tienen una copia de la página en cuestión.

La presente guía proporciona algunas perspectivas generales para abordar el tema de cada etapa y los desafíos que se plantean en la actualidad. Estas perspectivas compartirse oralmente con los participantes o se les pueden fotocopiar. Añadir algunos enlaces web puede enriquecer las aportaciones del facilitador al grupo, servir de información de referencia para reflexionar acerca de las cuestiones. Muchos ejemplos provienen de acontecimientos o documentos relacionados con el CMI y otras iniciativas ecuménicas, y pueden ayudar a relacionar las cuestiones y experiencias identificadas en su contexto con lo que sucede en otros lugares.

Al relacionarlas pasan a formar parte de la peregrinación hacia la Asamblea del CMI en Busan. A través de este proceso, se invita a los miembros de las congregaciones locales a “acompañar” a los participantes que viajarán efectivamente a Busan. Acompañándolos, establecemos y ahondamos relaciones, caminamos juntos en una mutualidad interdependiente. El hecho de “acompañar” constituye en sí mismo un movimiento misionero. Al caminar juntos, compartimos dones, recursos y experiencias a fin de profundizar y ampliar nuestra labor en la misión de Dios.

Preste atención a las ideas que surjan de las reflexiones y debates que podrían proseguirse a nivel local. De los elementos identificados en su debate, ¿qué se podría transmitir a alguien que realmente acuda a Busan? Vaya a www.wcc2013.info. Una sensibilización acerca de estas perspectivas y ejemplos locales enriquecerá los procedimientos de la Asamblea.

“Hay una Palabra de Dios para nuestro mundo. Y es que el mundo está en manos del Dios vivo, cuya voluntad es el bien supremo; que en Jesucristo, su Palabra encarnada, que vivió, murió y resucitó de entre los muertos, Dios ha quebrantado definitivamente el poder del mal y ha abierto a todos la puerta de la libertad y el gozo en el Espíritu Santo; que el juicio final de toda la historia de la humanidad y de cada acto humano es el juicio del Cristo misericordioso; y que el final de la historia será el triunfo de su reino, donde por fin podremos comprender cuánto Dios ha amado el mundo. Esta es la Palabra inalterable de Dios al mundo” (Extraído del mensaje de la Primera Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, Ámsterdam, 1948 – traducción libre).

ETAPA 1

Unidad cristiana

PRINCIPALES TEMAS DE REFLEXIÓN:

El llamamiento fundamental a la unidad cristiana, y cómo se ha tratado de alcanzar en los últimos años.

Cómo superar algunos de los obstáculos típicos para conseguir una mayor unidad cristiana.

De qué manera los cristianos se están acercando, y cómo ello afecta su propia identidad y comprensión de lo que significa ser iglesia.

El llamamiento a ser uno

“Cada iglesia local contiene en ella misma la plenitud de lo que es ser Iglesia. Es totalmente Iglesia, pero no toda la Iglesia. Por lo tanto, no se debería ver a la iglesia local aislada de otras iglesias locales, sino en una relación dinámica con ellas” (La Iglesia: hacia una visión común, Comisión de Fe y Constitución, CMI, 2012; en adelante, “Iglesia 2012”).

La unidad de la iglesia de Jesucristo, como cuerpo de Cristo, ya nos ha sido dada. Se basa y se refleja en la unidad del Dios Trino. ¿Por qué entonces hay tantas iglesias diferentes? ¿Por qué no podemos ser solo uno?

Tal era el problema al que se enfrentaba el CMI cuando fue fundado en 1948 como una comunidad de iglesias en camino hacia la unidad visible en una sola fe y una sola comunión eucarística, expresada en el culto y la vida común en Cristo. Una comunidad que trata de avanzar hacia esa unidad, que Jesús imploró por sus seguidores, “para que el mundo crea” (Jn 17:21).

¡Pero esto ha supuesto un desafío colosal! Para empezar, ¿qué tipo de unidad debe buscarse y cómo debe expresarse?

- ¿Cómo una comunidad espiritual de iglesias en la unas oran por las otras? (p.ej., a través del Ciclo Ecuménico de Oración y la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, www.oikoumene.org)
- ¿Mediante acuerdos sobre las creencias y prácticas comunes? (p.ej., el acuerdo de 1982 sobre Bautismo, Eucaristía, Ministerio, disponible en <http://www.oikoumene.org/en/resources/documents/wcc-commissions/faith-and-order-commission/unity-the-church-and-its-mission/baptism-eucharist-and-ministry-faith-and-order-paper-no-111-the-lima-text.html>)

www.oikoumene.org/en/resources/documents/wcc-commissions/faith-and-order-commission/unity-the-church-and-its-mission/baptism-eucharist-and-ministry-faith-and-order-paper-no-111-the-lima-text.html)

- ¿A través de un proceso de reconciliación en el que se aborde cómo hemos malinterpretado u ofendido a otras iglesias? (p.ej., “La sanación de las memorias: Reconciliación por medio de Cristo”, http://www.mwc-cmm.org/sites/default/files/website_files/oea-lutheran-mennonites-web-es.pdf)
- ¿En una estructura eclesial común, o uniendo iglesias en las que las diferencias entre las distintas denominaciones pueden acabar desapareciendo? (<http://www.oikoumene.org/es/handbook/familias-de-iglesias/iglesias-unidas-y-en-vias-de-union.html>, lista de las iglesias unidas y en vías de unión en el mundo)

En algunos sitios se han formado iglesias unidas para expresar la plenitud del cuerpo de Cristo en un país o una localidad. Diálogos bilaterales entre iglesias o tradiciones también han dado lugar a acuerdos de “plena comunión” y “unidad en la diversidad reconciliada”, en los que las distintas identidades confesionales subsisten pero pierden su carácter divisorio. En “comunidades conciliares”, iglesias separadas, que respetan las tradiciones específicas de cada una de ellas, organizan periódicamente reuniones de sus representantes para orar juntas y tomar decisiones y medidas comunes, tal como ocurrirá cuando las iglesias se reúnan en otoño de 2013 en Busan, Corea del Sur.

El CMI agrupa a 349 iglesias, denominaciones y comunidades de iglesias en más de 110 países y territorios de todo el mundo que representan más de 560 millones de cristianos, incluidas la mayoría de las iglesias ortodoxas, gran cantidad de iglesias anglicanas, bautistas, luteranas, metodistas y reformadas, así como muchas iglesias unidas e independientes. Si bien la mayoría de las iglesias fundadoras del CMI eran europeas y norteamericanas, hoy la mayor parte está en África, Asia, el Caribe, América Latina, Oriente Medio y el Pacífico.

Tras varias décadas de trabajo, la X Asamblea del CMI examinará un documento, “La Iglesia: hacia una visión común”, que expresa una importante convergencia:

La unidad del cuerpo de Cristo consiste en el don de koinonía o comunión que Dios misericordioso nos concede

a los seres humanos. Cada vez hay más consenso sobre que la koinonía, como comunión con la Santísima Trinidad, se manifiesta de tres formas interrelacionadas: unidad en la fe, unidad en la vida sacramental y unidad en el servicio (en todas sus formas, incluidos el ministerio y la misión). La liturgia, sobre todo la celebración de la eucaristía, sirve de paradigma dinámico para aquello a lo que se parece la koinonía en la era actual. En la liturgia, el pueblo de Dios experimenta la comunión con Dios y con los cristianos de todos los tiempos y lugares (...) Fortalecida y alimentada por la liturgia, la Iglesia debe continuar la misión dadora de vida de Cristo en el ministerio profético y compasivo en el mundo, y en la lucha contra toda forma de injusticia y opresión, desconfianza y conflicto creados por los seres humanos (Iglesia 2012, 67).

Desde mediados del siglo XX, el movimiento ecuménico ayuda a las iglesias a entablar relaciones radicalmente diferentes, a llegar a acuerdos y puntos de convergencia en cuestiones básicas de fe y constitución, y a desarrollar formas de solidaridad, cooperación y testimonio común. Esto ha tenido lugar sobre todo a través del CMI, pero en los últimos años también en cooperación con el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y con varias iglesias pentecostales, evangélicas e independientes que no son miembros del CMI, pero que se reúnen en el Foro Cristiano Mundial. También se han realizado progresos significativos en la búsqueda de la unidad cristiana en la esfera local, regional y mundial, a menudo con la participación de iglesias que no son miembros del CMI.

Aspectos a tener en cuenta para superar los obstáculos a la unidad cristiana

- A veces nos resulta difícil ir más allá de las formas de creer y ser iglesia que, más que la catolicidad de la fe que compartimos, reflejan nuestro legado cultural y étnico, u otras realidades contextuales.
- La unidad se basa y fortalece en la espiritualidad, pero también necesita expresarse de formas visibles.
- La unidad no es uniformidad, sino que aprecia la manera en que la diversidad se arraiga en distintas realidades históricas, sociales y culturales, así como en diferentes teologías y prácticas.
- Ser iglesia como el cuerpo de Cristo con muchos miembros (1 Cor 12:12) implica necesariamente estar con quienes son diferentes de “nosotros”.
- Al dialogar con cristianos que son distintos a nosotros, empezamos a ver lo que de otra forma no

veríamos y cómo nuestras respectivas perspectivas y prioridades pueden complementarse y contribuir juntas a ser la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

- En última instancia, es posible que la unidad se promueva más a través de la vida y la acción comunes en la sociedad que mediante el diálogo teológico.
- La unidad no es un fin en sí mismo, sino que se aspira a ella por el bien de la misión de Dios de traer a todo el mundo salvación, curación y renovación, tal como exploraremos en las próximas etapas de este estudio.

ETAPA 2

Llamados a dar testimonio

PRINCIPALES TEMAS DE REFLEXIÓN:

Comprender algunas de las prioridades teológicas actuales en el ámbito de la misión y la evangelización a escala mundial.

Considerar algunas de las consecuencias de estas perspectivas para las congregaciones.

La misión y la evangelización son inherentes a lo que la iglesia está llamada a ser. La iglesia existe y se renueva a través de la misión y la evangelización. La misión incita a la iglesia a una comprensión más amplia de la unidad: unidad con los pobres, excluidos, marginados, y con la unidad cósmica de toda la creación de Dios (véase Ro 8:18ss., Col 1:20).

Durante algunos años, las organizaciones misioneras y las organizaciones centradas en la unidad de la iglesia estuvieron separadas, pero cada vez se están acercando más, tanto desde el punto de vista estructural como en cuanto se refiere a la complementariedad de sus prioridades. Ello puede observarse en particular en la reciente afirmación ecuménica sobre misión, “Juntos por la vida: misión y evangelización en contextos cambiantes” (Comisión de Misión Mundial y Evangelización/CMI, 2012; en adelante, *Misión 2012*), de la cual procede gran parte del contenido que figura a continuación.

Sin misión no hay iglesia

El mismo Espíritu de Cristo que es la vida de la iglesia también da poder a la iglesia en la misión con un soplo de fuego (Hechos 2:3ss.). El teólogo Emil Brunner escribió que la iglesia existe por la misión, del mismo modo que el fuego existe porque quema. Si no practica la misión, deja de ser la iglesia. No es la iglesia la que tiene una misión, sino más bien la misión la que tiene una iglesia.

La misión está arraigada en la esencia de Dios

La misión comienza en el corazón del Dios Trino: el amor que une a la Santa Trinidad desborda en toda la

humanidad y la creación. El desbordante amor compartido del Dios Trino es la fuente de toda misión y evangelización. La misión es una respuesta al amor de Dios que se manifiesta en la creación y la redención. El Dios misionero que envía a su Hijo al mundo hace un llamamiento a todo su pueblo (Jn 20:21), y le da poder para que sea una comunidad de esperanza.

La misión es fortalecida por el Espíritu de Dios y busca la plenitud de la vida para toda la creación

Al invitarnos a participar en la misión vivificadora del Dios Trino, Dios nos da los medios para dar testimonio de la visión de vida en abundancia para todas las personas en el nuevo cielo y la nueva tierra. No estamos redimidos de la tierra, pero participamos en la curación del mundo a través del Espíritu. La creación —la vida del Espíritu— y la participación en la misión, cuando se entrelazan, son recíprocamente transformadoras. El Espíritu nos conduce a espacios de encuentro y lugares decisivos donde tienen lugar las luchas humanas y la misión. A la iglesia se le ha encomendado celebrar la vida y, a través del poder del Espíritu, resistir y transformar las fuerzas que destruyen la vida.

La primera generación de cristianos intentó compartir las buenas nuevas de la muerte y la resurrección de Jesús. También se inspiraron en el patrimonio cultural de quienes les escuchaban y lo transformaron, creando un terreno propicio para fomentar el bienestar de la sociedad en que vivían.

La misión de Dios no solo implica la redención del mundo, sino también su restauración y transformación. Por ello, Jesús dijo a sus seguidores que eran la sal de la tierra, la luz y la levadura del mundo, y les instó a ser fermento de cambio, dando testimonio del poder transformador de Dios a través de sus vidas y acciones (Mt 5:13; 14; 13:33).

El origen de la actividad misionera y su enfoque han cambiado significativamente

Hoy la mayoría de cristianos viven o tienen sus orígenes en los países del Sur o del Este. El fervor misionero proviene cada vez más de esas partes del mundo y la misión ya no se inicia principalmente en Europa o América del Norte, como fue el caso hace un siglo. Los agentes activos de la misión por lo general son las personas que están en los márgenes, en vez de en los centros de poder.

“La misión desde el centro está motivada por una actitud paternalista y un complejo de superioridad. Históricamente, se ha equiparado el cristianismo con la cultura occidental y ha tenido como resultado consecuencias negativas, en particular, la denegación de la identidad de pleno derecho de las víctimas de esa marginación”. (Misión 2012, 41)

Anteriores formas de entender la misión cristiana han sido inadecuadas en cuanto que no han reconocido que la misión debe basarse en el conocimiento de que Dios optó por quienes son empujados sistemáticamente hacia los márgenes. Jesús se identificó con las personas marginadas y excluidas no solo por compasión, sino porque sus vidas daban testimonio del pecado de los sistemas y estructuras.

Bajo el reino de Dios, el objetivo de la misión es la inclusión y no la exclusión. La inclusión fomenta relaciones justas en la comunidad de la humanidad y en la creación, mediante el reconocimiento mutuo de las personas y la creación, y el respeto y el apoyo recíprocos del valor sagrado de cada uno. Asimismo, facilita la participación plena de cada persona en la vida de la comunidad.

Evangelio y cultura

Lamentablemente, la actividad misionera vinculada a la colonización ha denigrado con frecuencia las culturas y no ha sabido reconocer la sabiduría de la población local. Al atacar y contribuir a la destrucción de las culturas, este tipo de actividad misionera ha sembrado más muerte que vida.

Las culturas y los sistemas que generan y mantienen la pobreza, la discriminación y la deshumanización generalizadas, y explotan y destruyen a las personas y la tierra deben ser puestos en tela de juicio. “La evangelización auténtica debe practicarse en el respeto de la libertad de religión y de creencia de todos los seres humanos en tanto imágenes de Dios.”. (*Misión 2012*, 110).

La misión implica poner en tela de juicio las ideologías patriarcales y racistas; significa denunciar la injusticia del sistema de castas y de otros sistemas de exclusión, cuestionando la forma en que están socialmente arraigados y abogando por la liberación de las víctimas. Implica reconocer el derecho a la autodeterminación de los pueblos indígenas, a la libertad de expresión cultural, a una espiritualidad centrada en la creación y a la restitución por las pérdidas ocasionadas por el pecado del imperialismo.

La evangelización no es proselitismo

Evangelizar es compartir las buenas nuevas de la encarnación, sufrimiento y resurrección de Jesucristo. Es compartir con humildad y confianza nuestra fe y convicciones con otras personas, e invitarlas a ser discípulos. Aunque la evangelización es algo que nosotros hacemos, la conversión y el nuevo nacimiento son obra del Espíritu Santo, es algo que no se puede forzar, tal como ocurre con el proselitismo. La evangelización auténtica está arraigada en la humildad y el respeto a todos, y prospera en el contexto del diálogo. El mensaje del Evangelio de curación y reconciliación se promueve de palabra y obra. La evangelización también es una vocación profética que implica decir la verdad al poder, con esperanza y amor (Hch 26:25; Col 1:5; Ef 4:15), para promover la abundancia de vida (Juan 10:10) que está en el centro de la misión de Dios.

ETAPA 3

Vivir con creyentes de otras religiones

PRINCIPALES TEMAS DE REFLEXIÓN:

Vivir con creyentes de otras religiones la búsqueda de vida, justicia y paz.

Dialogar para fomentar la confianza y la comprensión de las respectivas creencias y valores fundamentales.

Apreciar cómo ello puede reforzar nuestra propia identidad y autocomprensión cristiana.

Dar un testimonio fiel de una forma que invite respetuosamente a los otros a ser partícipes de las buenas nuevas del Evangelio.

Hace unos años, las relaciones internacionales hubieran podido considerarse como un apéndice o una añadidura a lo que históricamente ha sido el movimiento ecuménico, a saber, un movimiento de iglesias cristianas que se reúnen y obran juntas por el bien de la misión de Dios en el mundo. Hoy, sin embargo, reflexionar acerca de cómo nos relacionamos y dialogamos con personas de otras religiones —tales como el judaísmo, el islam, el budismo, el hinduismo, varios movimientos espiritualistas y otras religiones indígenas y locales— es algo que no puede posponerse hasta que hayamos puesto nuestra casa cristiana en orden o hayamos completado nuestra agenda ecuménica. La presencia de creyentes de otras religiones entre nosotros nos plantea nuevos desafíos en cuanto a cómo proseguir la unidad y la misión de la iglesia. Además, para muchos asuntos apremiantes de la actual agenda ecuménica, en particular para la búsqueda de la justicia y la paz (véanse las etapas 4 y 5), el entendimiento y la colaboración entre religiones son esenciales.

Recordar

“[Jesús dijo] muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt 8:11).

“El proselitismo sea por medios violentos, sea ofreciendo incentivos económicos sea abusando del poder, es contrario al mensaje del Evangelio” (*Misión 2012*, 110).

“Si los musulmanes y los cristianos no están en paz, el mundo no puede estar en paz... Por consiguiente, nuestro futuro común está en juego. Quizá, la supervivencia misma del mundo está en juego” (Carta abierta de 2007 de un grupo de musulmanes, <http://www.acommonword.com/index.php?lang=en&page=option1>).

Vivir con creyentes de otras religiones

En los contextos locales resulta evidente que debemos desarrollar formas constructivas de compartir la vida cotidiana. La “diapraxis” —el diálogo en acción— empieza allí donde se encuentran las personas. No podemos evitar las dificultades que entraña la coexistencia, el recelo, ni tampoco las tensiones y el conflicto. Debemos tratar de vivir juntos sobre la base de lo que tenemos en común.

Después de desastres de gran envergadura, la Acción Conjunta de las Iglesias (ACT Alianza), en colaboración con otras organizaciones, lleva a cabo un importante trabajo de socorro en áreas donde predominan otras religiones, cuyos miembros trabajan para esas organizaciones o en su nombre. Esto es lo que ocurrió tras el tsunami de 2004 que devastó la provincia de Aceh en Indonesia, un área con una identidad islámica muy fuerte. “El tsunami no solo destruyó vidas y bienes, sino que también derribó los muros que separaban las diferentes religiones. Mientras el tsunami azotaba violentamente la zona, las personas que buscaban refugio no se pararon a preguntar cuál era la religión de cada quien” (Jamilin Sirait). Antes de la catástrofe, en la provincia de Aceh no había habido cooperación entre cristianos y musulmanes.

En este tipo de trabajo conjunto no se puede evitar que a menudo se tenga que hacer frente a historias difíciles que han mantenido separadas a las personas de distintas religiones. Aceh, por ejemplo, había luchado para permanecer libre del control holandés, y del gobierno central, debido a su deseo de ser un Estado islámico. Los intentos de proselitismo del pasado, junto con el colonialismo, con frecuencia han generado recelo con respecto a cuál es el motivo final por el que se ayuda a la población: “¿es para convertirlos?”. Diversas diferencias políticas, étnicas e ideológicas asociadas con una u otra religión pueden agravar tensiones. El tamaño relativo y el poder efectivo de cada religión en una determinada región o país también son factores de tensión.

Cada vez es más importante colaborar y trabajar juntos para hacer frente a las necesidades y obrar a favor de la justicia y la paz, incluso en las circunstancias más tensas y controvertidas. Por ejemplo, un imán musulmán y un pastor cristiano evangélico, que habían sido feroces

enemigos, viajaron por todo Nigeria para hablar y organizar talleres con objeto de promover la comprensión y la paz (véase en <http://www.youtube.com/watch?v=cCK3wnGnDZY> el vídeo “El imán y el pastor”). Gracias a Acción Interreligiosa por la Paz en África (IFAPA, <http://ifapa-africa.org>), dirigentes de diversas comunidades religiosas periódicamente van juntos a áreas de conflicto en el continente africano para negociar la paz entre las facciones enfrentadas. Asimismo, en el ámbito local, frecuentemente son las mujeres quienes toman la iniciativa de promover el diálogo interreligioso (<http://www.oikoumene.org/en/news/news-management/eng/article/1634/women-bonding-through-int.html>).

Diálogo interreligioso

La fe cristiana nos hace libres para abrirnos a las religiones de otros, para arriesgarnos, confiar y ser vulnerables. En el diálogo, la convicción y la amplitud de miras se mantienen en equilibrio. El diálogo es una manera de vivir en relación con el prójimo. No reemplaza ni limita nuestra obligación cristiana de dar testimonio, ya que las personas vienen a este tipo de diálogo con sus respectivos compromisos religiosos (Iglesia Unida de Australia: www.assembly.uca.org.au/rof/interfaith-dialogue).

Algunos de los principios a tener en cuenta para entablar un diálogo con creyentes de otra religión son:

- Cuando sea posible, planificar y organizar el diálogo conjuntamente.
- Cada participante debería tener un sincero deseo de conocer más a fondo de la religión del otro, intentando ver las cosas desde su perspectiva.
- Todos los participantes deberían estar dispuestos a ser autocríticos con su propia tradición.
- Ser conscientes de la diversidad dentro de cualquier religión, y tener en mente a aquellos que no están representados.
- Estar atentos a las ideas o cosas en común que puedan aflorar durante el diálogo.
- Ver el diálogo no como un fin en sí mismo, sino con vistas a lograr un propósito más amplio.

(Shanta Premawardhana)

En un diálogo entre budistas y cristianos que tuvo lugar en Tailandia en 2010 sobre el tema de la codicia estructural en la economía mundial actual, los budistas

señalaron que la avaricia es uno de los tres venenos (junto al odio y la ignorancia) que causan sufrimiento e impiden el entendimiento, mientras que los cristianos destacaron las estructuras de dominación y avaricia que tradicionalmente se relacionan con el poder del pecado. Juntos identificaron estrategias comunes y complementarias para hacer frente a la codicia. Uno de los participantes observó: “estuvimos creando una iglesia/*sangha* interreligiosa... convocados por el sufrimiento que vemos y sentimos a nuestro alrededor” (Paul Knitter).

Autocomprensión cristiana

Algunas personas son reticentes a iniciar un diálogo con creyentes de otras religiones porque temen que ello ponga en peligro su propia fe, sobre todo si se sienten inseguras o vulnerables con respecto a su propia identidad religiosa y a sus convicciones religiosas. No obstante, a menudo ocurre más bien lo contrario. A través de estos encuentros, podemos pasar de tener una visión estrecha de cómo Dios obra, tal como lo vemos desde la perspectiva de nuestra propia fe, a una visión más amplia de cómo obra en y a través de personas que profesan otras religiones.

Por ejemplo, los musulmanes ofendidos por las caricaturas de su profeta publicadas en Dinamarca estaban mucho más seguros de lo que creían que los daneses nominalmente cristianos, que se vieron obligados a reflexionar de nuevo sobre las creencias cristianas. ¿Cómo puede el diálogo afectar a los seguidores de cada tradición?

“En vez de hacernos más vulnerables, la amplitud de miras, el diálogo y la interacción con personas de otras religiones ponen a prueba la credibilidad y la relevancia de nuestra identidad, y ayudan a construir la comunidad” (Aram I). Pasamos del aislamiento y distanciamiento temerosos, de erigir muros para defendernos, de posicionarnos por encima de los demás y contra ellos, a participar en una interacción constructiva. En el proceso de diálogo, la forma en que nos percibimos unos a unos y nuestra propia comprensión de la fe pueden verse realmente transformados, a veces de forma inesperada.

La interconexión de la fe, la esperanza y el amor “es un signo distintivo de ‘buenas’ relaciones entre personas de diferentes religiones”: la fe es la relación con Dios que hace posible la vida y la sustenta, la esperanza abre un nuevo horizonte de relaciones reconciliadas, el amor significa desarrollar y mantener relaciones dinámicas con los otros. Juntos, “la fe, la esperanza y el amor abren un espacio para estar con el otro” a través del diálogo interreligioso (Simone Sinn).

Dar testimonio

La evangelización y el diálogo son diferentes pero están interrelacionados. La evangelización auténtica tiene lugar en un contexto de diálogo de vida y acción, con una actitud respetuosa y amistosa. También implica escuchar a los otros y que los otros nos cuestionen y enriquezcan (Hch10).

“Dar testimonio” es una invitación a recordar y meditar, acordándonos de lo que creemos y reflexionando más a fondo acerca de nuestra fe. También implica hacerse cargo del otro, recibir su testimonio en un intercambio mutuo de testimonios, con una actitud de confianza y esperanza solo en Dios, y no en la pertinencia de nuestras creencias y prácticas religiosas.

El Evangelio de Jesucristo es una buena nueva en todo tiempo y lugar, y debe proclamarse en el Espíritu de amor y humildad. Si afirmamos que amamos a Dios y que amamos a nuestros prójimos pero no les comunicamos la buena nueva con un sentido de urgencia y de firmeza, nos engañamos a nosotros mismos respecto de la integridad de nuestro amor tanto para con Dios como para con nuestro prójimo (*Misión 2012*). Compartir las buenas nuevas de la verdad revelada en el Nuevo Testamento e invitar a los otros a la plenitud de la vida en Cristo es una expresión de amor respetuoso.

Representantes de diferentes religiones, reunidos en 2006 para deliberar sobre el problema de la conversión, afirmaron que “si bien toda persona tiene derecho a invitar a los otros a comprender su fe, el ejercicio de este derecho no debe violar los derechos y las sensibilidades religiosas de los demás (...) Todo el mundo debería curarse de la obsesión de convertir a los demás. La libertad de religión nos impone la responsabilidad igualmente no negociable de respetar las otras religiones, y de nunca denigrarlas, despreciarlas o tergiversarlas con objeto de afirmar la superioridad de la propia fe” (<http://www.oikoumene.org/resources/documents/wcc-programmes/interreligious-dialogue-and-cooperation/interreligious-trust-and-respect/report-from-inter-religious-consultation-on-conversion.html>). Aunque es responsabilidad de los cristianos dar testimonio de Cristo, la conversión es, en última instancia, obra del Espíritu Santo (cf. Jn 16:7-9; Hch 10:44-47).

“La cruz no es para las cruzadas; es un símbolo del amor de Dios, que a todos abraza” (Olav Fykse Tveit).

En mayo de 2012 un equipo de cristianos y musulmanes que viajó a Nigeria para investigar los continuos

enfrentamientos en el país informó que “según lo que hemos podido constatar, parece que las principales causas de la tensión y el conflicto actuales en Nigeria no se basan intrínsecamente en la religión, sino que más bien están arraigados en una compleja matriz de problemas políticos, sociales, étnicos, económicos y legales, entre los cuales la cuestión de la justicia —o de su ausencia— es un factor común de gran peso” (Príncipe Ghazi bin Muhammad).

Y así llegamos al tema principal de la próxima etapa: “Trabajar por la justicia de Dios”.

CUARTA ETAPA

Trabajar por la justicia de Dios

PRINCIPALES TEMAS DE REFLEXIÓN:

Recordar la importancia que tiene la justicia en las escrituras y en la misión de la Iglesia

Ver cómo la acumulación de riqueza desproporcionada contribuye al empobrecimiento humano y a la destrucción del medioambiente

Realizar la conexión entre estas injusticias y ser conscientes de que el Santo Espíritu nos da la fuerza necesaria para actuar

“¿Qué tipo de acción misionera puede realizar la iglesia en medio de la injusticia y la crisis económicas y ecológicas a escala mundial?” (*Misión 2012*)

Recordando la visión y el mandato bíblicos

El testimonio bíblico está claro: A menudo Dios se opone a sistemas y prácticas que son injustos, especialmente en cuanto a los efectos que tienen sobre los pobres. Tal y como declara el profeta Jeremías, “Y es que todos ellos son mentirosos y avaros. Todos, desde el más chico hasta el más grande, desde el profeta hasta el sacerdote. Se les hace fácil sanar la herida de mi pueblo con sólo decir “¡Paz, paz!” ¡Pero no hay paz! (Jer. 6:13). Esto contrasta sobremanera con los deseos de Dios: “Prefiero que fluya la justicia como un río, y que el derecho mane como un impetuoso arroyo” (Amós 5:24). Y ¿cómo hará Dios que esto se cumpla? “¡Aquí está mi siervo, mi escogido, en quien me complazco! Yo lo sostengo; sobre él reposa mi espíritu. Él traerá la justicia a las naciones.” (Is. 42:1). Así, trabajar en pro de la justicia es uno de los temas centrales a los que ha de dedicarse la iglesia misional.

Con ese espíritu, la iglesia ecuménica lleva mucho tiempo denunciando injusticias de distintos tipos, como por ejemplo a través de la reciente atención ecuménica del CMI a la “pobreza, riqueza, y ecología” (en adelante, *PRE 2012*) (<http://www.oikoumene.org/en/news/news-management/eng/a/browse/3/article/1634/wcc-forum-focuses-on-pove.html>).

Ver las realidades de la actual injusticia económica y medioambiental

A la gente no le hace falta que se le diga que hay mucha injusticia en sus países y en el mundo. Ya lo saben gracias a lo que viven y a lo que ven.

La primera misión de la iglesia es crear los canales necesarios para que la gente pueda darles nombre a las contradicciones entre lo que esperan (una vida mejor para sí mismos y para el resto de la creación) y lo que realmente están viviendo, para que puedan lamentarse por ello e incluso demostrar su rabia. En muchos casos, las cosas están empeorando. La enorme mayoría no se está beneficiando de ganancias económicas, sino que, cada vez en mayor medida, se vuelven invisibles, se les ignora o se les olvida, no se les recuerda. En lugar de compasión o limosnas, desearían solidaridad que pueda conducirlos hacia la transformación de las suposiciones, los sistemas y las políticas o los “dioses” ante los cuales sienten que han sido sacrificados ellos, sus hijos y sus futuros.

Cuando se le preguntó lo que deseaba, una mujer de una zona rural de Camboya explicó: “Nada, soy demasiado pobre para desear.” Después, al escuchar a las mujeres que la rodeaban, dijo que por lo menos desearían poder contar con una letrina en el pueblo.

“Los pueblos y la Tierra se encuentran en peligro debido al consumo excesivo de unos pocos y a las desigualdades crecientes, como ponen de manifiesto la pobreza persistente de muchos en contraposición con la riqueza exorbitante de unos pocos y las crisis mundiales financiera, socio-económica, ecológica y climática, que están todas interconectadas. La vida en la comunidad global, tal y como la conocemos a día de hoy, llegará a su fin si no logramos hacer frente a los pecados del egotismo, el desprecio cruel y la codicia en los que radican dichas crisis.” (*PRE 2012*).

Conectar la pobreza, la riqueza, y la tierra

Pasar de centrarnos en la pobreza a hacerlo en la riqueza

Cuando las iglesias operan desde centros de poder y relativa afluencia, la tendencia es la de centrarse en la pobreza como problema y en cómo se puede aliviar (p.e., a través de programas de beneficencia) o superar (p.e., mediante políticas de desarrollo). Pero cuando se ve desde la perspectiva de aquellos que están viviendo al margen y que siguen siendo pobres, pasamos de centrarnos en la

pobreza a hacerlo en la riqueza como problema, en especial la que consiste en tratar de conseguir una acumulación de riquezas sin límite que radicaliza la pobreza sistémica y la destrucción de la Creación (tierra, aire y agua) que es el sustento de toda vida.

Se han realizado muchos esfuerzos para establecer una línea económica por debajo de la cual se considera que la gente es pobre. Pero rara vez se ha tratado de establecer una línea por encima de la cual se considera que la gente es excesivamente pudiente (véase el video “The Cup of Justice” (La copa de la Justicia) en <http://www.oikoumene.org/en/programmes/justice-diakonia-and-responsibility-for-creation/eco-justice/poverty-wealth-and-ecology.html>). Y sin embargo, la riqueza en sí misma es considerada un problema ético y espiritual presente a lo largo de la Escritura, incluido un pasaje en el que Jesús dijo: “Ustedes no pueden servir a Dios y a las riquezas.” (Mateo 6:24).

Crear conexiones entre la justicia económica y la medioambiental

Un reciente llamamiento a la acción del CMI explica lo siguiente: “la interconexión nefasta entre las crisis globales financiera, socio-económica, climática y ecológica ...

La liberalización en masa de los mercados, y la desregulación y la privatización incontrolada de los bienes y servicios están explotando toda la creación, desmantelando los programas y servicios sociales y abriendo economías transfronterizas para un crecimiento de la producción aparentemente ilimitado. Diversos aspectos de las crisis climática, ecológica, financiera y de la deuda son interdependientes y se refuerzan mutuamente... La comunidad global debe reconocer la necesidad.....de que hagamos justicia en vista de las desigualdades catastróficas y sin precedentes en la distribución de la riqueza. La codicia y la injusticia, la búsqueda del beneficio fácil, los privilegios injustos y las ventajas a corto plazo a costa de objetivos sostenibles a largo plazo son los motivos de las crisis interconectadas...” (Llamamiento AGAPE, 10-13, <http://www.oikoumene.org/en/resources/documents/wcc-programmes/public-witness-addressing-power-affirming-peace/poverty-wealth-and-ecology/neoliberal-paradigm/agape-call-for-action-2012.html>).

El modelo económico predominante se basa en la suposición de escasez, opuesta a la visión bíblica de que haya suficiente para todos (cf. historia del maná en el Éxodo, alimentar a la multitud en los Evangelios). La sobreexplotación de los recursos naturales se basa en la presunción de que los bienes son ilimitados, opuesta al mandato bíblico de cuidar la Creación (Gen. 1:28s). Las

crisis interrelacionadas a las que nos enfrentamos hoy en día han surgido porque los seres humanos han invertido y por lo tanto violado estos mandatos.

En lugar de pensar que Dios proveerá aquello que necesitamos, el sentimiento perverso que predomina hoy en día es el de que la naturaleza proveerá de acuerdo con los dictados de la avaricia ilimitada de los humanos. La avaricia nos ha llevado a establecer prácticas como la deforestación, la extracción y la quema de combustibles fósiles que han causado el cambio climático así como otros daños medioambientales hasta llegar a una situación de crisis. Lo trágico es que los pueblos y las tierras afectados en mayor medida suelen ser los que menos culpa tienen, a diferencia de las fuerzas, políticas y desarrollos que oprimen a los pueblos y tierras más vulnerables, como es el caso de las islas de Tuvalu (<http://www.youtube.com/watch?v=UXxX6FeBh2c>).

El sistema económico mundial predominante hoy en día, así como su lógica, impregnan todas las características de la vida, destruyendo desde dentro así como desde fuera, a medida que se introduce en las vidas de las familias, las comunidades locales, e incluso las iglesias, causando caos y destrucción en el entorno natural y en la forma de vida y culturas tradicionales, y arruinando el futuro del planeta.

Un enfoque para trabajar para cambiar esta situación es el de defender ecuménicamente una “agenda verde” inspirada por una imagen bíblica generalizada que combina la “agenda verde” que tiene por objetivo defender el planeta, con la “agenda marrón” que tiene por objetivo el desarrollo económico para aquellos que no cuentan con lo necesario para cubrir sus necesidades vitales (<http://www.thegreentimes.co.za/stories/business/item/1305-ripening-the-olive>).

Por qué es esto un problema espiritual

La avaricia se ha convertido en un problema sistémico, integrado en la realidad reinante aceptada e inevitable, como la esclavitud del pecado tal y como aparece en las escrituras de San Pablo (e.g., Rom. 6). Se convierte en algo absoluto, un ídolo, ante el cual las vidas, las comunidades y el resto de la Creación han de ser sacrificadas.

Sin embargo tiene consecuencias de vida o muerte. Por ejemplo, el número de personas que se quita la vida en Europa ha aumentado tanto que los medios están empezando a usar un nuevo término: “Suicidio debido a la crisis económica.” Palabras religiosas como “purificación,” “virtud,” y “sacrificio” se usan a menudo para justificar las políticas de austeridad.

Hoy en día, la gente vive en el miedo y en la esclavitud. Temen lo que el futuro les puede deparar, a no ser que hagan cambios drásticos por el bien de la justicia económica y medioambiental. Si bien la avaricia ha predominado a lo largo de la historia de la humanidad, en el sistema económico mundial actual, el virus de la insaciabilidad, de no tener nunca suficiente, se ha convertido en una epidemia generalizada. El dinero se ha convertido en una mercancía de la que se esperan aún mayores ganancias porque así nos lo han prometido. Cuando esas promesas se incumplen, o cuando el sistema se derrumba, la idolatría subyacente queda al descubierto.

De la desesperación y la desesperanza a la esperanza fortalecida

“Puede que la desesperanza sea la patología que define nuestro tiempo, privando a la iglesia de su energía misional.” (Walter Brueggemann)

Si tenemos en cuenta lo desesperada, desesperanzada e impotente que se siente la gente frente a este amalgama de injusticias, es importante verlo como un problema de fe. Acceder pasivamente a esas injusticias como si fuesen inevitables, o dejar que nos superen los sentimientos de impotencia y desesperanza, es someterse a la dominación del pecado y negar la fuerza del Espíritu Santo en nuestras vidas y en nuestro mundo.

En lugar de permanecer cautivos y pasivos, somos liberados por Jesús y fortalecidos por el Espíritu Santo para resistirnos a la lógica interna de la avaricia personal y estructural, a la destrucción de vidas, de comunidades y del medio ambiente, que es a lo que a menudo nos lleva. Vivir de esta Libertad Cristiana en lugar de vivir en el miedo, nos permite retirar el velo que cubre nuestros ojos y ver, destapar nuestros oídos y escuchar, y liberar nuestra voluntad para poder actuar. (Gran parte de lo mencionado anteriormente ha sido tomado de “Daily Bread Instead of Greed” (El pan de cada día en lugar de la avaricia) p. 65ss, <http://www.lutheranworld.org/lwf/wp-content/uploads/2011/05/LWF-Eleventh-Assembly-Report-EN.pdf>, 2010).

Algunos ejemplos de cómo trabajamos para cambiar esto

“Ha habido personas de fe, cristianos, musulmanes y líderes indígenas en las Filipinas que han dado su vida por mantener la conexión con la tierra a la que pertenecen y seguir ganándose su sustento gracias a ella. Las iglesias de América del Sur, África y Asia realizan

auditorías de deudas externas y desafían a las empresas mineras y de extracción de recursos para que rindan cuentas por las violaciones de derechos humanos y los daños medioambientales. Las iglesias en América Latina y Europa comparten y aprenden de las diversas experiencias con la globalización y trabajan hacia una definición de responsabilidades común pero diferenciada, generando solidaridad y alianzas estratégicas. Los cristianos están definiendo indicadores de codicia y entablando un diálogo intencionado con budistas y musulmanes en el que se desvelan los puntos en común en la lucha contra la codicia. Las iglesias, en asociación con la sociedad civil, participan en el debate sobre los parámetros de una nueva arquitectura financiera y económica internacional, que fomenta la agricultura que da la vida y crea economías de solidaridad.” (PRE 2012, 19)

¿Qué es lo que te inspira todo esto para poder llevarlo a cabo en tu contexto?

QUINTA ETAPA

Orar por la Paz de Dios

PRINCIPALES TEMAS DE REFLEXIÓN:

Entender que la oración nos lleva con mayor profundidad a las situaciones más inquietantes del mundo

Un mayor entendimiento de lo que es la solidaridad y de lo que implica en el caso de los persistentes retos a los que se enfrenta la paz en Oriente Medio y en especial en Israel/Palestina

Obtener inspiración, a través de la fe y de la solidaridad con aquellos que sufren la violencia, para poder dedicarnos a nuestra vocación de ser justos pacificadores

Recordar

Se les hace fácil sanar la herida de mi pueblo con sólo decir “¡Paz, paz!” ¡Pero no hay paz!. (Jer. 6:14)

Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, bendigan a los que los maldicen, hagan bien a los que los odian, y oren por quienes los persiguen. (Mateo. 5:44)

Porque él es nuestra paz. De dos pueblos hizo uno solo, al derribar la pared intermedia de separación y al abolir en su propio cuerpo las enemistades. (Efesios 2:14)

Orar

A menudo se ve la oración como una forma de desligarnos del mundo para poder establecer una unión con Dios y así comunicarle nuestras preocupaciones más privadas. Pero la oración también puede entenderse como una forma de “pensar en nuestro camino hacia el mundo de Dios” (Douglas John Hall, *When You Pray* (Cuando oras) [Valley Forge, Judson, 1987], en el que se basa gran parte de lo que se menciona a continuación). Nos proporciona un punto de vista privilegiado para observar el mundo con todos sus conflictos y retos de manera diferente, con la esperanza cimentada en el shalom (paz) de Dios que todo lo abarca y no en la desesperación que impregna las situaciones en las que las tensiones y la violencia siguen arrasando.

Mediante el Ciclo Ecuménico de Oración podemos recordar a lo largo del año a todos los países del mundo en nuestras oraciones, afirmando nuestra solidaridad para con ellos. (www.ecumenicalprayercycle.org)

El Dios de la vida no condena al mundo, sino que se compromete con su curación, su reconciliación, su salvación (“Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” Juan 3:17). Después de todo, Dios se encarnó en este mundo en Jesucristo, quién a su vez es la paz que el mundo no puede lograr por sí mismo. “La paz les dejo, mi paz les doy; yo no la doy como el mundo la da. No dejen que su corazón se turbe y tenga miedo.” (Juan 14:27).

Cristo entró profundamente en la oscuridad de este mundo, en su infierno. Se vinculó a su patetismo y fervientemente deseó su paz. Orar es una forma de conseguir vincularnos a este mundo de forma más profunda. Nos vemos arrastrados hasta los lugares más fatídicos, en los que se encuentran las luchas dolorosas, a menudo violentas, de vida o muerte, que preferiríamos no haber visto y no recordar. No podemos simplemente mencionarlas y seguir nuestro camino, dado que desde que nos solidarizamos con ellas, nosotros mismos nos vemos transformados. A medida que establecemos una relación más profunda con aquellos por los que rezamos, ya no podemos ignorarlos, sino que de alguna manera, se convierten en nuestra responsabilidad. Nos vemos atrapados en la actividad transformadora de Dios por el bien de la humanidad.

Nuestros sermones, oraciones y música son herramientas de resistencia cuando dicen la verdad acerca de la injusticia y la verdad acerca de la vida abundante que Dios quiere para todos. (Deborah Ludolph)

Acudimos a la oración como aquellos que han sido salvados o suficientemente liberados de sus preocupaciones personales como para poder identificarse con otros, para llevar a otros ante Dios, recordándoles y haciendo que estén presentes. Sus dolencias, sus deseos, se convierten en nuestros. Nuestras vidas se entrelazan con las suyas, en una solidaridad que no puede ignorar lo que les sucede a aquellos que pueden parecer “otros” o estar lejos de nosotros. En América Latina y en otros lugares, aquellos que fueron asesinados por escuadrones de la de

la muerte son públicamente recordados en las oraciones y la congregación responde con *“Presente!”*. La oración es una práctica de solidaridad con los demás, que a su vez lleva a un discipulado responsable (ver la siguiente etapa).

Orar unidos muestra “el nivel más profundo de solidaridad al que se puede llegar como seres humanos... Esa solidaridad de compartir la carga de los demás es una forma de expresar el profundo significado del movimiento ecuménico y la voluntad de cargar con las cargas de los otros, de cargar juntos con la cruz.” (Olav Fykse Tveit, 2011)

La lucha Israelí-Palestina

La iniciativa Oración por la Paz es un movimiento de oración por la paz que se centra especialmente en la casa de Abraham, Sara y Agar. La cara oculta del cristianismo, el islam y el judaísmo está en el núcleo de algunos de los lugares más conflictivos hoy en día en nuestro mundo, lugares de odio y de violencia. Sin paz entre las tres religiones proféticas no habrá paz entre nosotros como naciones. Si no se recupera la relación en la familia de Abraham, cientos de miles seguirán siendo sacrificados en nombre de la paz. (John Philip Newell)

Una de las luchas por la paz más enraizadas de nuestros días es la del complicado conflicto, desde el punto de vista político, Israelí-Palestino. Los intentos de negociación de paz entre el gobierno de Israel y los palestinos se han topado repetidas veces con obstáculos y fracasos. En la raíz del conflicto se encuentran las profundas conexiones con esa tierra que es sagrada para judíos, musulmanes y cristianos, y las profundas heridas debidas a las opresiones que aún están presentes y afectan profundamente a ambos lados. Para los judíos esto incluye siglos de antisemitismo que culminaron en el Holocausto, y para los palestinos que durante tanto tiempo han vivido en estas tierras, la presente opresión debida a las políticas Israelíes, como son la construcción de muros y asentamientos en tierras consideradas como propias por ambos grupos.

Los esfuerzos por llegar a acuerdos continúan, en ocasiones incluso en una tienda y con contrapartes de lo más insólitas. (http://www.nytimes.com/2012/07/07/world/middleeast/barefoot-in-a-tent-neighbors-trading-vows-of-mideast-peace.html?_r=1)

En el 2009, con una desesperante sensación de haber llegado a un callejón sin salida en su búsqueda de paz

con justicia, los cristianos palestinos en Tierra Santa, cuyo número no cesa de reducirse, publicaron “A word of faith, hope, and love from the heart of Palestinian suffering” (*Palabras de fe, esperanza y amor desde el corazón del sufrimiento palestino*) (“A Moment of Truth” (*Un momento de verdad*) www.kairopalestine.ps, en adelante “KP”). En la publicación atestiguaban cómo el muro de separación “ha convertido nuestros pueblos y ciudades en cárceles,” cómo los asentamientos Israelíes “arrasan nuestra tierra en nombre de Dios” y son un obstáculo para cualquier solución política; cómo sufren humillaciones diarias en los puntos de control; las familias son separadas, se restringen las libertades religiosas, los refugiados y los presos languidecen, y la emigración desde esta tierra en la que han vivido durante tanto tiempo, continúa. “Jerusalén ... se ha convertido en una ciudad de discriminación y exclusión, una fuente de lucha y no de paz.”

Sin embargo, la esperanza de estos cristianos palestinos es sólida y está asentada en Dios, quien les da fuerza para no ceder ante el mal que impregna sus vidas, para continuar resistiendo “no con la muerte, sino con el respeto por la vida”, a través de medios no violentos que les vinculan incluso con aquellos a los que perciben como enemigos. “El amor acaba con el mal siguiendo el camino de la justicia.” Su mensaje a los judíos israelíes es que, aunque hayan luchado los unos contra los otros, “somos capaces de amarnos y de vivir juntos,” y “podemos organizar nuestra vida política juntos de acuerdo con esta lógica de amor y poder.” (KP, 5.4.2)

“A nuestros hermanos y hermanas cristianos:... La comunión del amor dice a todo creyente en espíritu y en verdad: si mi hermano (o hermana) está preso, yo estoy preso; si destruyen su hogar, destruyen mi hogar; cuando mi hermano (o hermana) es asesinado, entonces me habrán asesinado a mí también.”(KP 5.2)

Plantean un claro reto a los cristianos del mundo entero: “¿Sois capaces de ayudarnos a recuperar nuestra libertad dado que ésta es la única forma mediante la cual estos dos pueblos podrán lograr justicia, paz, seguridad, y amor?” (KP 6.1).

Mantienen la esperanza también gracias a la solidaridad de los cristianos que desean conocer la verdad y acompañarles en esta lucha que aún dura (<http://www.eappi.org>), mediante sus oraciones, intercambios, y la defensa por la paz en Tierra Santa.

En respuesta a los cristianos palestinos, los cristianos de los Estados Unidos confesaron que no habían

logrado oponerse eficazmente a las políticas de su gobierno y a la teología empleada para sostener las opresivas políticas israelíes, e hicieron un llamamiento a los cristianos para que aprendieran, más allá de los estereotipos y verdades a medias, a participar en la resistencia no violenta y a aumentar sus esfuerzos de defensa ante su propio gobierno. (www.kairosusa.org)

“Una Paz Justa para Palestina... significa paz y seguridad también para los israelíes,” proclama una campaña de base iniciada en el Reino Unido. (www.justpeaceforpalestine.org)

Dios de la misericordia y de la compasión,
de la gracia y de la reconciliación,
Vierte tu poder sobre todos tus hijos
en Oriente Medio.
Haz que el odio se convierta en amor, el miedo en
confianza,
La desesperación en esperanza, la opresión en libertad,
la ocupación en liberación,
Que los encuentros violentos se sustituyan por
amorosos abrazos,
Y que todos podamos gozar de la paz y de la justicia.
(Said Ailabouni)

Justa pacificación

La paz que Cristo nos da puede requerir perturbar la “paz” impuesta por los que detienen el control, para poder impulsar la justicia o las relaciones adecuadas que Dios desea. “A las personas que reivindican sus derechos en virtud del Derecho Internacional se las suele considerar como obstáculos para la paz, y no como una parte esencial de la peregrinación hacia la paz y la justicia... En nuestra búsqueda de la paz con justicia debemos mirar al mundo con los ojos que buscan la paz radical de Jesús y no con ojos que procuran una paz que es únicamente ausencia de conflicto” (La paz: imagínala, CMI 2008, 21).

Al pedirnos que amemos a nuestros enemigos, Jesucristo estaba empezando a incluir en una nueva comunidad a aquellos que con anterioridad considerábamos nuestros “enemigos”, tal y como hicieron la mujer samaritana y el judío, el soldado romano y el campesino palestino, los considerados impuros y los puros, el extranjero y el residente, judíos y griegos. Jesucristo les pedía a ellos, y a nosotros, que nos resistiésemos a los poderes de las divisiones ancestrales y viviésemos de otra manera, en una comunidad nueva profundamente diferente, en lugar

de hacer distinciones entre poderes que demasiado a menudo desembocan en violencia.

El ámbito de la pacificación justa es más amplio, lo que significa que no solo hay que prestar atención a la violencia armada, a los conflictos entre grupos y al control de armas, sino también a la violencia doméstica y sexual y a todo tipo de violaciones de derechos humanos, al racismo, a los conflictos de bandas. Hay que fomentar los procesos de verdad y la reconciliación en las sociedades en transición, y la resolución de conflictos en nuestros hogares, iglesias, comunidades y lugares de trabajo.

Una paz justa requiere que los pacificadores y las instituciones, los sistemas, las políticas, las leyes y los rituales formen a las personas de otra manera, que promuevan la democracia, hagan cumplir los derechos humanos, promuevan el desarrollo sostenible, reduzcan el comercio de armas, construyan redes internacionales, regionales y locales, y favorezcan la formación de seres humanos para que se conviertan en los futuros pacificadores y amantes de la justicia. (véase “In the Face of War”, de Larry Rasmussen, [<http://sojo.net/magazine/2005/01/face-war>], sobre el que se basa parte de lo escrito más arriba, así como en otras iniciativas.)

SEXTA ETAPA

Espiritualidad transformadora para el discipulado

TEMAS PRINCIPALES:

¿Qué es la espiritualidad transformadora?

¿Cómo fortalece al discipulado en el mundo y para el mundo?

Hoy en día se le presta mucha atención a la “espiritualidad,” con distintos enfoques, oración, meditación y otras prácticas para desarrollar relaciones personales con Dios, lo divino o el poder que todo lo trasciende, más profundas y con un mayor significado.

Cada vez más, empezamos a apreciar cómo las tradiciones que van más allá de lo “cristiano” pueden enriquecer y ampliar nuestra visión del santo misterio. Al ver cómo la fe cristiana se expresa y se practica en otras partes del mundo nos damos también cuenta de lo entrelazados que están los aspectos culturales y espirituales de la vida de la mayoría de las personas del mundo.

La espiritualidad da un sentido más profundo a nuestras vidas y estimula, motiva y da dinamismo a lo largo de la vida. Es energía para una vida en su plenitud y exige el compromiso de resistir a todas las fuerzas, los poderes y los sistemas que niegan, destruyen y menoscaban la vida. Nos revela un significado más profundo de Dios, que se preocupa por todos los seres vivos. (Misión 2012)

Espiritualidad transformadora

Muchos tipos de espiritualidad pueden ser transformadores, especialmente desde el punto de vista íntimo y personal. Aquí nos centramos en cómo, en comunidad, con aquellos que son sensiblemente distintos a nosotros, experimentamos una transformación que nos da fuerzas para dedicarnos al discipulado, especialmente en lo relativo al énfasis que realizamos en las previas etapas. Aquí los retos, especialmente a escala mundial, pueden parecer

sobrecogedores, incluso imposibles, a no ser que redescubramos nuestra fuente de poder al surgir ésta de nuestra conexión con los demás, no estando separados, sino como parte de una comunidad y a través de ésta.

La espiritualidad transformadora nos capacita para considerar el significado de [nuestras] acciones...para comprender la complejidad de [nuestros] motivos y el impacto que tienen en el mundo. Es también la capacidad de sentir pasión por una causa, compasión hacia otros y de perdonarse a sí mismo. Es el proceso de ir convirtiéndose, pero nunca como un logro, es más bien un potencial y no algo que poseemos. La espiritualidad transformadora consiste en encontrar la verdad de nuestra existencia y descubrir el fuego en su interior. Proporciona un nuevo entendimiento de lo que supone ser un seguidor de Cristo en el contexto actual, una nueva imagen que puede inspirarnos a ser solidarios con los pobres en su lucha por liberarse de todas las formas de sistemas y estructuras injustas presentes en la sociedad” (Rico Palazo Ponce, <http://www.oikoumene.org/en/news/news-management/eng/a/article/1634/transformative-spiritual.html>).

Una espiritualidad transformadora nos reconecta con los demás. Nos sentimos llamados a luchar por el bien común, a enfrentarnos a toda forma de marginalización, a buscar la redención para todo el planeta, a resistirnos ante los valores que destruyen la vida y nos inspira a descubrir alternativas innovadoras. Esta espiritualidad proporciona los medios para descubrir la gracia y estar satisfechos con lo justo, compartiendo con aquellos que tengan necesidad (Hechos 4:35).

“Me enfrento al reto de desplazarme y desligarme activamente de mis raíces para hacer teología fuera de mi zona de confort, más allá de mis limitaciones”
(JoAnne Chung Yan Lam)

Nos fortalece para recordar, para ver, para conectarnos de forma que de otro modo no habríamos podido. El espacio, el tiempo, y las luchas que de otro modo habrían permanecido ocultos a nuestros ojos, nos son desvelados. We are “converted” a nuestros vecinos en el mundo que en un principio podían parecernos extraños. Al sumirnos en su realidad con un poder trascendente que va más allá y que nos une, empezamos a comprender que otro mundo es posible, uno que vislumbramos a través de la visión de lo que Dios promete. Juntos vivimos en esa visión y en base a ello podemos trabajar de acuerdo con distintas prioridades y distintas políticas en el mundo actual. La petición del Padre Nuestro, que se haga su

voluntad así en la tierra como en el cielo, empieza a convertirse en realidad.

Las prácticas de la iglesia pueden promover la espiritualidad transformadora

Ciertas prácticas han fomentado y apoyado a la iglesia desde la época del Nuevo Testamento, como la oración/la liturgia, la música, la predicación, las enseñanzas y las prácticas para acoger y servir a los otros. ¿Cómo podríamos volver a concebirlas teniendo en cuenta su potencial transformador?

“En la canción del otro logramos entender quiénes y de quién somos. Tal y como son ‘recordados’ en el Cuerpo de Cristo nuestro viaje a la plenitud nos hace vislumbrar el banquete que está por llegar. Estas nuevas voces nos ayudan a atender a las injusticias y a percibir nuestra propia ceguera. Cuando sufrimos con nuestros hermanos y hermanas sintonizamos mejor con la armonía que Dios desea para la creación” (Michael Scott Knarr).

Mediante la proclamación surgen palabras de peso que guían a la gente llamada iglesia en su viaje por el mundo. Esto se hace en el contexto de una comunidad específica que confiesa no solo su propia pecaminosidad, sino también el hecho de que el mundo ha “caído” con sus falsos relatos. El evangelio se predica y se enseña pero también lo escucha, lo comenta y lo vive la gente de Dios que hay en el mundo. Predicar puede romper la dinámica de este mundo y fortalecer a la gente para que se conviertan en ciudadanos más conscientes de toda la familia de Dios existente en el mundo.

“El momento de partir el pan durante la eucaristía trata acerca de la narrativa, la memoria, la solidaridad y la resistencia. Proporciona una respuesta a la narración impuesta, una versión alternativa de la historia que le da prioridad a los pobres e insignificantes y les convierte en punto de referencia. La eucaristía es una presencia viva, una “memoria peligrosamente liberadora” que nos proporciona nuevas perspectivas, una memoria subversiva que “denuncia nuestra complicidad en la injusticia que tiene secuestrado a nuestro mundo.” (Margaret Scott).

Recordar, ver y conectar es de lo que tratan la historia de la fe y de las prácticas de la iglesia. También son lo que nos permite comprender nuestras vidas y nuestro mundo y lo que capacita a la iglesia para ser y para actuar por el bien del mundo.

La iglesia renovada para la misión y el discipulado

La iglesia emerge dando fe (que también consiste en “contar la verdad”) gracias a que recuerda quienes somos con relación a Dios; lo que sucedió antes de nosotros; y las realidades de nuestros vecinos a escala mundial pero también local. Esto puede resultar subversivo, dado que indica qué o quiénes han sido olvidados o ignorados. Puede sacar a la luz los espejismos o nuestros falsos dioses y la dominación, las injusticias, y la violencia que perpetúan. Fomenta que se cuente la verdad y la acción organizada, es decir, el discipulado por el bien del mundo de Dios.

Así, la iglesia se convierte en una reunión para recordar, ver y conectar, para unir lo que está fragmentado, dirigido hacia la verdad, permitiéndonos ver y actuar, incluso llevar a cabo acciones en colaboración por encima de las fronteras geográficas, de fe y de intereses individuales. Eso es lo que significa ser una iglesia ecuménica.

Dios nos unió, en el cuerpo de Cristo, con aquellos que no escogimos. “Ustedes no me eligieron a mí. Más bien, yo los elegí a ustedes...para que vayan y lleven fruto” (Juan 15:16). Nuestra solidaridad se basa espiritualmente en Jesucristo y se inspira en cómo se comportó, como lo hacemos nosotros, con aquellos que son distintos a nosotros. Al conectar con ellos, emerge un nuevo poder. En el espacio entre nosotros, el poder de conexión del Espíritu Santo está vivo y actúa, dando lugar a nuevas comprensiones, nuevas posibilidades con poder transformador. Aquellos que estuvieron aquí antes que nosotros y los que ahora nos rodean nos animan y nos fortalecen. Podemos verles, oírles, sentirles, a través de su música, su cultura y sus historias. Así podemos acompañarles y unirnos a ellos a través de la oración “Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz.”

Jesucristo pidió a sus discípulos que siguieran hacia delante, juntos, que no se quedasen donde estaban.... este llamado al discipulado sacrificado y a la responsabilidad mutua es un llamado ecuménico. En unión con otros cristianos cuya teología, tradiciones de oración y contextos locales pueden ser muy distintas a las nuestras, recibimos el llamado del discipulado que tiene poder transformador. Oramos en unión con confianza y valentía...“Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz.” (Olav Fykse Tveit, 2012)



Publicaciones del
**Consejo Mundial
de Iglesias**